Jorge Capelle  
DNI 29.393.384  
RELATO AUTOBIOGÁFICO - ANÁLISIS

Todo el tiempo que hemos pasado dentro de un aula, dentro de diversas instituciones educativas, nos han dejado una cantidad muy significativa de experiencias vivenciales. Estas experiencias que hemos vivido, que nos han atravesado, pueden ser, una vez repensadas, tan útiles para la formación docente como lo que aprendamos teóricamente en un curso de didáctica. Ahí radica la importancia de la biografía escolar. Nuestro lugar de docentes está condicionado y atravesado por esas experiencias y esas vivencias, que al menos desde una aproximación intuitiva nos permiten visualizar situaciones vividas como alumnos, los comportamientos de nuestros maestros y profesores, y verlos con una nueva luz para pensar cómo podríamos nosotros posicionarnos y actuar en situaciones similares, desde nuestro lugar de docentes.

El evento de mi biografía escolar que he elegido para este trabajo es una experiencia concreta que lleva a repensar algunos aspectos de la práctica docente, como yo la viví en la escuela. La arbitrariedad del docente, la diferencia jerárquica insalvable entre el docente y el alumno, que no permitió que el este último tuviera siquiera voz acerca de la decisión que se había tomado (a Marcos nunca se le consultó sobre su opinión), y el manejo entre pobre y cruel de la alteridad, del sujeto pedagógico que de alguna manera no encajaba en el modelo de alumno ideal (el discurso iba a ser dirigido a toda la comunidad educativa del Colegio) que esperaban el docente y la institución.

Todas estas temáticas me resultan relevantes porque considero que la conducta del profesor y de la comisión directiva fue realmente lesiva, y porque en mi práctica docente me he encontrado con alumnos que tenían dificultades para expresarse, y considero que estas circunstancias deben ser manejadas de un modo más humano, y que la voz del alumno siempre debe ser escuchada.

Jorge Larrosa, en su texto *Experiencia y alteridad en educación*, muestra claramente cómo una experiencia no es algo que uno “hace”, sino que es “algo que me pasa”. La experiencia es algo exterior al sujeto que la vive (o la padece). No puede ser prevista y no depende del sujeto. Siempre está mediada por un alguien, o algo, que está fuera de uno1. En nuestro caso, ese alguien exterior es identificado con el profesor de Lengua, y luego con la comisión directiva, que actuaron sobre el sujeto desde su exterioridad. Una experiencia también es algo que indefectiblemente nos transforma, cambia nuestras ideas, nuestros sentimientos, hasta nuestra valoración de nosotros mismos2. Un niño de doce años a quien se le niega un derecho por ser “tartamudo” no puede atravesar (o ser atravesado por) semejante experiencia sin que le quede una marca difícil de superar.

La opinión de los alumnos pocas veces es tenida en cuenta, especialmente en colegios privados. Esto es algo que debe ser corregido. Darle la palabra a los adolescentes, y por qué no a los niños, ayudaría a saber sus opiniones, aunque éstas puedan estar mediadas por la rebeldía de esa edad. Pero, como sugiere Inés Dussel, comparar las opiniones de los alumnos, que comparten el espacio y tiempo en la escuela con los adultos, “puede permitir incluir sus perspectivas de maneras más eficaces tanto en términos pedagógicos como culturales y políticos”3. Debemos eliminar la imagen cristalizada de la diferencia jerárquica entre educadores y educandos, e incluir a los segundos como sujetos políticos, con sus opiniones acerca del mundo, y especialmente sobre asuntos escolares que los conciernen directamente.

Pablo Pineau, al enumerar las características que definen a la escuela moderna, arroja luz sobre varios aspectos del suceso analizado. La matriz eclesiástica de la escuela, secuela del régimen de monasterios, “se construye a partir de la cerrazón y separación tajante del espacio mundano4”. Las reglas del mundo exterior no aplican necesariamente al espacio escolar, y en esta separación hay lugar para todo tipo de arbitrariedades. Las normativas, la relación entre los sujetos (educadores y alumnos), la disciplina exigida, muchas veces no coinciden y hasta entran en contradicción con las relaciones sociales que se dan en el mundo fuera de la escuela.

Otra característica citada por Pineau es la cualidad de la escuela de “fenómeno colectivo”. Esto permite la aplicación de la “gobernabilidad” en términos de Foucault. Los castigos individuales y grupales, la instalación de competencia entre los alumnos, permiten el disciplinamiento individual y grupal en forma simultánea5. Esto puede verse en el “concurso” para ver quién escribía el mejor discurso. Fomentar la competencia y emulación es un mecanismo de control.

A lo largo del Siglo XX, la infancia fue siendo segregada del mundo de los adultos, y se comenzó a configurar la imagen del niño a través de carencias y rasgos negativos. El niño se asocia con carencias que lo alejan del mundo de los adultos. De esta forma se da la relación asimétrica entre docente y alumno, y no puede ser modificada desde esta perspectiva. Puesto en esa posición de subordinación, el alumno está sometido a la subordinación y el control del docente6. Desde un punto de vista psicoanalítico, el docente es “portador consciente de la arbitrariedad cultural”. Es el guardián del pasado, del conocimiento, y de la transmisión generacional de las costumbres7. La relación con el alumno es en verdad jerárquica. Esto es algo que debería ser revisado.

En este relato de mi biografía escolar hay otra relación, más allá de aquella docente-alumno, que es la relación docente-autoridades. María Cristina Davini critica la falta de autonomía de los docentes respecto de las autoridades escolares. Muchas veces no son los docentes quienes dictan las normas, y están ellos mismos sujetos a una jerarquía superior y a su disciplina8. En nuestro relato, es muy posible, aunque no lo podamos comprobar, que el profesor haya actuado de la forma en que lo hizo por presiones de la dirección. Tal vez incluso no haya habido una directiva al respecto, pero el profesor puede haber temido que un niño leyendo un discurso, tartamudeando, frente a toda la comunidad educativa, podía verse como un ridículo para la institución, siendo visto él como el responsable directo. Tal vez entonces haya intentado evitar esa situación, aunque lo haya hecho de la forma cruel y francamente torpe en que lo hizo.

NOTAS

1. Larrosa, J. Skliar, C. (Comp). *Experiencia y alteridad en la educación*, pp. 14-15.
2. *Ibid*. p.16.
3. Dussel, I.; Brito, A.; Núñez, P. *Más allá de la crisis. Visión de alumnos y profesores de la escuela secundaria argentina*. P.25.
4. Pineau, P., Dussel, I. y Caruso, M. *La escuela como máquina de educar*. p.31.
5. Ibid p.33.
6. Ibid pp. 35-36.
7. Puiggros, A. *Imaginación y crisis en la educación latinoamericana.* P.36.
8. Davini, C. *La formación docente en cuestión*. P.28.

BIBLIOGRAFÍA

* Davini, C. *La formación docente en cuestión*. Paidos, Buenos Aires, 1995.
* Dussel, I.; Brito, A.; Núñez, P. *Más allá de la crisis. Visión de alumnos y profesores de la escuela secundaria argentina*. Fundación Santillana, Buenos Aires, 2007.
* Larrosa, J. Skliar, C. (Comp). *Experiencia y alteridad en la educación*. Homo Sapiens ediciones, Buenos Aires, 2014.
* Pineau, P., Dussel, I. y Caruso, M. *La escuela como máquina de educar*. Paidos, Buenos Aires, 2001
* Puiggros, A. *Imaginación y crisis en la educación latinoamericana.* Aique, Buenos Aires, 1994.

ANEXO. BIOGRAFÍA ESCOLAR

Yo cursé primario y secundario en un colegio privado, religioso, muy autoritario, en Capital. Las arbitrariedades estaban a la orden del día y el mensaje religioso y represivo era omnipresente, además de ser intolerablemente hipócrita, según lo pude ver más adelante. Hubo un episodio en particular que me marcó muy hondamente.

Estábamos en las últimas semanas de séptimo grado del primario, y nuestro maestro de lengua (en séptimo grado teníamos dos maestros que se repartían las asignaturas, como modo de ir acostumbrándonos al régimen del secundario) sugirió que quienes quisieran escribieran un discurso sobre el fin del primario, y quien escribiera el mejor discurso tendría el privilegio de leerlo en frente de toda la comunidad educativa en el acto de fin de año.

Sólo unos pocos se presentaron, naturalmente, porque a muchos no les interesaba, otros no tenían capacidad para producir un texto de esa naturaleza, y otros porque jamás habrían querido enfrentar la situación de dar un discurso frente a un público de cientos de personas.

El ganador fue un compañero llamado Marcos, que era realmente muy bueno escribiendo. También era muy bueno en lectura, probablemente fuera el mejor de todos los compañeros. Pero Marcos tenía un problema: era tartamudo. De más chico había sido muy tartamudo, pero ya para los doce años de edad sólo se trababa a veces al empezar una frase, de atolondrado que era, pero la tartamudez jamás se le notaba al leer. De todos modos es un estigma que cuesta mucho quitar.

Cuando llegó el día del acto de fin de curso, Marcos se acercó al maestro de lengua para preguntarle dónde tenía que pararse, cuándo iba a pronunciar el discurso, etc. El maestro lo llamó aparte, y le dijo que había decidido que el discurso lo leyera otro compañero, pretextando que de esa manera participarían más compañeros. Esta respuesta por supuesto no lo satisfizo, e insistió, ante lo cual el maestro le dijo, literalmente, que no podía ser él quien leyera porque tenía “defectos físicos” en una clara alusión a la tartamudez. El pobre chico naturalmente lloró, protestó, pero dada su corta edad no pudo hacer mucho más para buscar justicia. Todo lo que pudo hacer fue contarle a su madre lo sucedido. No cuesta mucho imaginar el dolor de esa madre.

Su madre escribió una carta de lectores al diario La Nación para dar público conocimiento de la atrocidad que se había cometido. Algún periodista inescrupuloso del diario escribió un artículo sobre el tema y dicho artículo apareció en la primera página del diario, consignando nombre y apellido del chico ofendido. Lo expuso ante el mundo. Una vez más es fácil imaginar el dolor de esa familia.

En el colegio (cuyo nombre me reservo) naturalmente hubo un escándalo. Es un colegio tradicional, católico y elitista, y su nombre había aparecido en las peores condiciones en la tapa del diario que, lógicamente, leían los padres de los alumnos. Se convocó a la madre a una reunión con la comisión directiva, y le comunicaron que iban a sacar una solicitada en todos los diarios, diciendo que todo era una mentira, que Marcos no había escrito el discurso, y encima de eso, que lo iban a expulsar del colegio por perjuro.

En su ineptitud (la comisión directiva estaba formada por curas que poco sabían de nada), toda la investigación que habían realizado era preguntarle al profesor, quien naturalmente desmintió todo, y se quedaron con su versión. Con lo que no contaban, era que en el cuaderno de comunicaciones de Marcos había una nota del propio maestro felicitando a Marcos “por el excelente discurso que escribió en nombre de todos sus compañeros”.

A la luz de esta nueva evidencia, él colegio decidió no expulsar a Marcos, pero el pobre chico sufrió el acoso de profesores y preceptores durante los cinco años de secundaria. Creo que no hubo año que no terminara con menos de veinte amonestaciones, cuando era un alumno que no cometía actos graves de indisciplina.

Lo más terrible del caso es que el maestro de lengua no fue expulsado. Cualquiera creería que un colegio religioso, que dice sostener virtudes cristianas, no mantendría entre sus filas a alguien capaz de decirle algo tan horrible a un chico de doce años, y luego mentir descaradamente. Supongo que no lo despidieron para salvar “el buen nombre” del colegio.

Durante el secundario, varias veces me crucé por los pasillos con ese maestro, y no podía evitar ponerme rojo de vergüenza y de rabia. Rabia hacia él, vergüenza hacia el colegio. En ningún momento se llamó a Marcos para pedirle disculpas, no se lo hizo ver por un psicopedagogo, nada. Evidentemente el interés de las autoridades del colegio por el bienestar psíquico (¡o espiritual!) de sus alumnos eran nulo.